

Shogun) llamado Kirra. No pudiendo tolerar aquella afrenta, sacó la espada para castigar á su ofensor; pero desnudar la espada dentro del palacio del soberano, era un crimen que se castigaba invariablemente con la confiscacion y con la muerte. El Príncipe, sin haber logrado su venganza, fué aprehendido, juzgado y sentenciado á morir, porque la ley era terminante. Se le concedió, sin embargo, el hara-kiri, cual correspondía á su rango; y se aplicó este género de muerte con varonil entereza, confiando en que sus samurai y demas servidores vengarian el insulto que habia recibido. Su cuerpo fué sepultado en el cementerio de Sengakudgi, donde existe aún su tumba.

Cosa de 300 samurai tenia Asano á su servicio, y de ellos solo 53 prometieron á O-Ishi-Kuranoske, *Karó* ó principal súbdito del difunto Príncipe, que le ayudarian á vengar la injuria hecha á su señor, jurando matar al hatamoto que habia sido la causa de su muerte. Cuando los agentes de la autoridad se presentaron á tomar posesion de los bienes del Príncipe, no hicieron sus samurai la menor resistencia, en prueba de acatamiento á la ley; y despues, para alejar toda sospecha respecto de sus intenciones, se dispersaron por el país convirtiéndose en ró-nin.

Cosa de un año mas tarde, se volvieron á reunir en Yedo con O-Ishi-Kuranoske 46 de aquellos hombres, y con ellos un hijo muy jóven de este último. Los demas habian muerto durante ese tiempo.

Una noche atacaron la casa de su enemigo, mataron á varios de sus súbditos que la defendian, y habiéndose apoderado del mismo Kirra, le cortaron la cabeza. Llevaron este sangriento trofeo á Sengakudgi, y despues de haberlo lavado en la fuente que todavía se ve á la entrada del cementerio, lo colocaron sobre el sepulcro de su señor, ya vengado.

Permanecieron allí orando mientras que tres de ellos, en nombre de los demas, fueron á denunciarse informando al Gobierno de lo que habian hecho. Al ser aprehendidos no opusieron resistencia alguna; y durante el juicio que siguió, ninguno de ellos intentó defenderse. Todos, por el contrario, se gloriaban de su accion con solemne firmeza. Fueron condenados á morir con la concesion del hara-kiri, tanto por su clase como por la naturaleza del delito; y todos se abrieron el vientre sin murmurar y sin vacilacion. Fueron tambien sepultados en el cementerio de Sengakudgi, cerca de la tumba de su Príncipe.

Al lado de estos 47 sepulcros hay otros dos que tambien están en-

lazados con esta misma historia. Descansa en uno de ellos Haia-no-Kampé, que fué uno de los 53 primeros ró-nin, y que murió ántes que sus compañeros consumaran la venganza. Su muerte tuvo, sin embargo, por causa principal el mismo propósito de contribuir á la realizacion del plan en que todos habian convenido.

Todavía en vida del Príncipe Asano, el samurai Haia-no-Kampé tuvo relaciones amorosas con una de las damas de la Princesa su señora. A consecuencia de ellas fué despedido, con su amante Okaro, de la casa de los Príncipes, y vivió desde entónces en la casa de los padres de Okaro, despues de haberse casado con esta jóven.

A pesar de la manera con que se separó del servicio de Asano, no creyó rotos Haia-no-Kampé sus deberes de fidelidad hácia sus señores; de modo que despues de la muerte del Príncipe, inscribió su nombre al lado de los que habian hecho el juramento de vengarle. Cuando se aproximaba ya el momento de cumplir sus promesas, se hallaba Haia-no-Kampé exhausto de recursos, pues no habia entrado al servicio de ningun otro magnate, conservando como sus compañeros la condicion de ró-nin. Su pobreza en aquellas circunstancias lo tenia profundamente abatido; y su suegro, sabedor de la causa de su preocupacion, se propuso destruirla recurriendo á un medio que en el Japon no se consideraba deshonoroso en ciertas ocaciones

Este medio fué el de vender á su hija Okaro, esposa de Haia-no-Kampé, sin que este lo supiera. Cuando volvía á su casa para poner á disposicion de su yerno el producto de la venta, y para ayudarle así á cumplir su juramento, fué atacado en el camino por un salteador, quien se apoderó del dinero despues de haber matado al anciano.

El ladron, sin embargo, no pudo gozar del fruto de su crimen. Vagaba por los bosques inmediatos á la habitacion de su víctima, y se habia ocultado entre unos matorrales, cuando la bala disparada por un cazador lo dejó muerto sobre el dinero que habia robado. Este cazador era Haia-no-Kampé.

Veámos lo que habia sucedido. El ró-nin para distraerse de su tristeza estaba cazando, cuando un javalí pasó como un relámpago delante de él, y se refugió entre un grupo de altas yerbas. Haia-no-Kampé quedó en acecho, y al notar movimiento y distinguir vagamente un bulto entre las ramas, no léjos del lugar en que habia entrado la bestia,

apuntó é hizo fuego. Corrió en seguida á ver cual habia sido el resultado de su disparo, y vió horrorizado que habia muerto á un hombre, cuyo cadáver yacía junto á una bolsa de dinero.

Luego que se hubo repuesto de su sorpresa, tomó la bolsa y regresó á su casa para explicar lo que habia pasado, y con el propósito de entregar aquella suma á los deudos de la víctima, si los hallaba; y en el caso contrario, con el de hacer uso del dinero para ponerse en camino, á fin de cumplir las promesas hechas á O-Ishi-Kuranoske. Su suegra, sin embargo, al oír aquel relato, y habiendo reconocido la bolsa de su marido, acusó á Haia-no-Kampé de asesinato en la persona de su suegro.

Impuesto entónces el ró-nin de la venta de Okaro, y viéndose objeto de una horrible sospecha, entró en un acceso de desesperacion, y sacando su puñal, se abrió con él el vientre. Antes de morir, tuvo, sin embargo, el consuelo de que se reconociese su inocencia; porque los agentes de la autoridad, que habian recojido el cadáver del anciano, vieron que habia sido muerto á puñaladas, y no de un balazo como el ladron.

El otro sepulcro que está al lado de los que guardan las cenizas de los 48 ró-nin, es el de un samurai que no estaba al servicio de Asano, sino al de otro dáimio; pero que se habia atrevido á insultar á O-Ishi-Kuranoske porque no vengó inmediatamente el ultraje hecho á su señor. Despues que pasó lo que hemos referido, este samurai, avergonzado y arrepentido de la injusta afrenta hecha al héroe, y en prueba de admiracion á su valor y á su fidelidad, fué á orar á su sepulcro y allí se abrió tambien el vientre.

«En los antiguos tiempos del Japon,» dice un escritor anónimo inglés, que cita igualmente parte de esta historia, «casi todos los samurai que iban á Yedo, se hacian un deber de visitar estas tumbas. Aún hoy arde allí el incienso de contínuo; y se colocan diariamente en aquel lugar siempre-vivas y otras flores, para adornar los sepulcros de los valientes que, en su vida y con su muerte, ilustraron la virtud prominente del antiguo Japon,—la lealtad.» (*)

Ya habia entrado la noche, cuando regresamos á Yokoama, acompañados hasta la estacion del ferrocarril, por nuestros apreciables amigos los empleados del Ministerio de la Educacion Pública.

(*) *The Tokio Guide*, by a Resident.—Yokohama, 1874.

No fué esta la última vez que estuve en Tókió. Algunos días despues volví á esa capital para despedirme de S. E. el Ministro de Relaciones, Teráshima Munénori, y de mis excelentes amigos Mr. Bingham y el Sr. Elmore, quienes tambien me visitaron en Yokohama durante el tiempo de mi enfermedad.

Poco antes de partir, dirijí una nota al Sr. Teráshima, (Apéndice XVI), para remitirle una coleccion de las fotografias que hizo el Sr. Barroso el dia del tránsito de Vénus y algunos libros de mi país, así como para darle cuenta del buen comportamiento que habian tenido los practicantes que me envió. En los últimos días hicimos algunas visitas de despedida, y finalmente, en la noche del 1º de Febrero de 1875 nos embarcamos en el vapor «Volga,» con destino á Hong-Kong.

Nuestros buenos amigos, y entre ellos los oficiales de la Marina y del Ministerio de la Educacion, que habian practicado en nuestros campos, nos acompañaron hasta el buque, y allí nos dieron su último abrazo. Estos jóvenes nos habian obsequiado algunos días antes, á nombre de sus superiores, con unas piezas de seda y algunos objetos de bronce ó de la preciosa laca de su país, presentes que conservamos todos como un grato recuerdo de su amistad. Nosotros les dejamos libros, porque no teniamos allí otra cosa que hubiera podido serles mas agradable.

Antes de amanecer el dia 2, levó el vapor sus anclas. Cuando subimos á la cubierta, ya habian desaparecido Yokohama y su hermosa rada: solo el nevado Fusi-Yama se distinguía en el horizonte dominando las montañas del país que dejábamos sin duda para siempre.

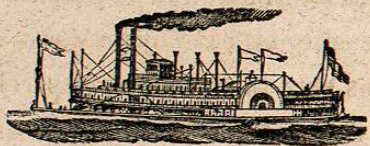
Si pudieran influir en los destinos de un pueblo los sentimientos que, hácia él, sabe despertar entre los extranjeros que lo visitan, entónces tú, pueblo japonés, contarias para tu creciente prosperidad con los votos de todos los viajeros. Los nuestros mas fervientes los acompañan. Te creemos muy merecedor de ser feliz, porque eres digno, caballeresco, laborioso y tan valiente como sumiso á la ley. ¡Ojalá que mi patria se cuente algun dia entre el número de tus amigos, y que mañana tenga tantos como hoy tienes tú!

Pero entretanto, continúa estrechando tus relaciones de amistad con el resto del mundo. La Inglaterra seguirá manteniendo y desarrollando en tí el génio ordenado y práctico que espontáneamente posees; la simpática Francia te comunicará su ciencia, su buen gusto característico,

sus ideas luminosas que sabe hacer benéficas para toda la tierra; la Alemania te enseñará su filosofía y sus pensamientos profundos; la Italia y la España te iniciarán en el cultivo de sus bellas artes y de sus bellas letras; las Américas te mostrarán ejemplos de instituciones libres, y al mismo tiempo aprenderás con su experiencia cuales son las que te convienen, y como debes plantearlas sin peligro.

Que el aislamiento de tu pasado no sea causa de que te ciegues ante la luz esplendorosa de la cultura occidental. Su refinamiento establece la supremacía de la inteligencia; pero por una compensacion terrible é inevitable, mata tal vez los mas nobles sentimientos del corazon. En cambio de un gran número de bienes, muchas de tus caballerescas cualidades tendrán que sucumbir en el choque; pero conserva y cultiva las que sea posible salvar. Te servirán de antídoto para disminuir, ó al ménos para retardar, los malos efectos de la civilizacion moderna.

Mejor que todos los que te formula mi deseo, tienes un gran consejo en el noble pensamiento que envuelven las palabras de tu Emperador. Síguelo como regla invariable de conducta, y jamas te arrepentirás de haberlo seguido. «¡Que el exagerado amor al pasado no te haga rechazar el progreso! ¡Que el exagerado amor al progreso no te haga demasiado impaciente para conquistarlo!»



APENDICES.